

Otra manera de comprender el mundo. Darwin, educación y juegos
Margarita Hernández Laille (2012): *Charles Darwin y Lucía Sapiens. Lecciones del origen y evolución de las especies* (ilustraciones de Carlos Arques Soler). Editorial UNED, Ciencias sociales y jurídicas.
140 páginas + un cuadernillo de juegos. ISBN: 978-84-362-6425-8

Margarita Hernández Laille, doctora en Filosofía y Ciencias de la Educación por la UNED, miembro de la Linnean Society de Londres y representante en España de la Society for the Natural History inglesa, lleva ya varios años dedicándose a la publicación de trabajos bastante originales porque aúnan diversas áreas de conocimiento. Por lo que respecta a la nuestra (la de Prehistoria) sus obras nos sitúan en el punto inicial de una teoría que abordamos en nuestras clases, que nos recoloca como seres humanos y que ha servido como plastilina ideológica para explicarlo casi todo en la cultura occidental: el Evolucionismo (Querol 2001).

En su tesis doctoral, la autora investigó la forma en la que los textos escolares de España y del Reino Unido han contado la Evolución (Hernández Laille 2010) y, tras reunir, procesar y publicar todo este cúmulo de informaciones, se siente suficientemente preparada como para asumir el reto de inventar un aula de ESO en la que una adolescente protagonista, Lucía Sapiens, junto con sus compañeras/os y, sobre todo, de la mano de sus profesoras/es, y desde todas las materias del curso, se enfrenta a la teoría de la Evolución para conocer a Darwin, su tiempo, su lengua, su sociedad, su geografía, su filosofía, su geología y su concepción del mundo.

La lectura de este singular ejercicio didáctico, al que en nuestro ámbito de la Prehistoria no estamos precisamente acostumbradas, nos introduce en una mina de posibilidades explicativas casi inesperadas. A Darwin se le puede conocer por supuesto en la clase de Historia: allí se analizará su infancia, sus experiencias en las escuelas –era mal estudiante, y eso sorprende a Lucía y a sus compañeras-, la pérdida de su madre a los 8 años y su afición a la naturaleza a través de la observación directa. Su ingreso después en la universidad –donde su padre quería que se hiciera médico- y sus dificultades de adaptación a aquellas enseñanzas tan poco prácticas, lo que hizo que su padre lo cambiara de sitio, enviándolo a otra universidad para que se formase como clérigo. Allí, sus profesores de Botánica y de Geología se hicieron sus amigos y mentores y, aunque consiguió la graduación, lo que le apasionaba era coleccionar y clasificar animales y plantas.

Como es bien conocido, el sabio inglés tenía pasión por la Botánica. En el colegio de Lucía hay un

pequeño jardín botánico, un “libro vivo” en el que se mezcla la función educativa y la experimentación científica. Los resultados de tales experiencias se representan en las clases de dibujo, mientras que en las de informática se localizan las páginas WEB –que la autora especifica en todos los casos- sobre la vida y obra de Darwin, y como las encuentran en inglés, las dos materias –informática e inglés- se unen a través de traducciones, estudios de terminología, etc. Localizan también videos sobre la vida y obra del naturalista, a veces incluso en español.

Otra de las perspectivas favoritas para el estudio de Darwin y su vida es la Geografía: tal vez la parte más mimada del libro de Margarita Hernández Laille. Se trata de estudiar los países y ciudades que Darwin visitó en su célebre viaje alrededor del mundo cuando contaba 22 años. El alumnado del colegio de Lucía pasa una semana estudiando la expedición del *Beagle* y aprendiendo la importancia del trabajo del naturalista en cada una de las etapas del viaje. A Lucía le extraña la manera en la que Darwin se hizo famoso como naturalista o científico, enviando cartas, explicaciones y especímenes a sus amigos ingleses, que a su vez lo presentaban en las Sociedades científicas de Londres. Fue de hecho uno de sus amigos el que anunció al padre de Darwin que su hijo sería sin duda un importante científico, lo que no dejó de admirarle tras una historia tan poco brillante como la que Darwin había tenido en el ámbito de la educación.

El alumnado realiza una tabla cronológica con la expedición del *Beagle* y las clases empiezan analizando sitios y haciendo preguntas como “¿Qué encontró Darwin en esta isla?”, “¿Cómo era el megaterio?”, “¿Qué es el Plioceno?”, “¿Cómo fue el Pleistoceno?”

El encuentro con el milagro de la diversificación de las especies llega para la clase de Lucía cuando paran en las Islas Galápagos, donde las explicaciones, el clima, los paisajes y las sorpresas, diseñan el contexto en el que el alumnado descubre también, junto a Darwin, la fuerza de la selección natural.

Por último, también la clase de Lucía aborda el estudio y la comprensión de Darwin desde el teatro, ensayando una obra que han inventado, “Darwin y su pasión por la naturaleza”, para representarla en la fiesta de su aniversario.

En la confección de este original libro, la autora ha encontrado abundantes escollos porque muchas de las preguntas que el alumnado de ESO –y el nuestro- puede hacerse respecto a la Teoría de la Evolución y la actitud de Darwin, son algo comprometidas, vistas desde la actualidad. La primera sería “¿Y qué pensaba Darwin de todo esto?”, haciendo referencia a la existencia de salvajes como los fueguinos, cuando la explicación bíblica imperante en la sociedad victoriana mantenía que todos los seres humanos habían sido creados por Dios “civilizados”. La autora toma una opción “políticamente correcta” al explicar que Darwin comprendió que cada grupo debía adaptarse a su ambiente y si se interfería en ellos, desaparecerían. Es una interpretación muy suave y conveniente para la educación actual, pero no podemos dejar de lado el hecho de que Darwin pertenecía a su tiempo, un tiempo antropológicamente lleno de afanes interventores y civilizadores, y él mismo fue el primero en llamar la atención sobre aquellas gentes desnudas bajo la lluvia y el frío, a las que describió como “miserales salvajes” (Moorehead 1980:70).

También es muy difícil dar a entender el impacto que la teoría de la evolución tuvo en su época y en su mundo, y Margarita Hernández Laille lo sabe. Para hacerlo, hay que colocarse en la Europa occidental, burguesa y cristiana de la segunda mitad del siglo XIX, en una Inglaterra victoriana que nada veía con mejores ojos que la inmovilidad, la ausencia de cambios, el famoso “siempre ha sido así”. Para esa sociedad, el fijismo –Dios había creado el mundo tal cual era y se veía; nada había cambiado- era una ley asumida y necesaria, en la que se sustentaba la identidad del ser humano, creado hombre (inglés, inteligente y con medios; todo lo demás eran desviaciones a partir de ese ideal).

En ese modelo, el hombre –que no la mujer- había sido creado nada menos que a imagen y semejanza de Dios. Se trataba así del mejor de los espejos posible, espejo en la que la sociedad victoriana se reflejaba con comodidad y en el que encontró la suficiente fuerza como para abundar en su expansión colonialista, en su conquista del mundo, adueñándose, junto con Francia, del paradigma del tiempo largo que introduce a la Prehistoria en nuestra forma de ver el mundo, una introducción cuya fuerza y cuyos trabajosos caminos ha sido recogida de forma magistral, para Argentina, en la obra de Irina Podgorny (2009).

Darwin, el héroe de Lucía Sapiens y el motivo de sus curiosidades, rompió ese espejo –al menos lo resquebrajó; tardaría mucho más tiempo del que Darwin vivió en romperse del todo- al demostrar que el cambio, y no la inmovilidad, era el verdadero protagonista de la vida; que las modificaciones, y

no la permanencia, eran la razón de ser de los organismos de cada momento, que nunca habían dejado de cambiar y que por eso eran lo que eran. En definitiva, que el hombre –Dios mirándose al espejo- no solo no era producto directo de su creación, sino que procedía, por sucesivos cambios, de otros organismos, algunos peludos, otros salvajes, en todo caso inconcebibles.

Para la intelectualidad del momento que pudo recibir ese mensaje –escasos hombres, que no mujeres, que sabían leer y se interesaban por la ciencia; primero ingleses, varios años más tarde alemanes, franceses, italianos y españoles- la única manera que tuvieron de recolocararlo de forma que no se opusiera de frente a sus ideales de identidad perfecta, fue utilizando el término “evolución” –que el propio Darwin nunca utilizó; él hablaba de descendencia con transformación o simplemente de transformación- y dándole un sentido lineal e igualmente perfecto: todo cambiaba hacia la mejora y la perfección, y en la parte más alta de esa línea recta había de nuevo un hombre inglés, culto y con medios.

Volver a darle la vuelta a la cuestión y comprender a fondo que la evolución por selección natural no va “dirigida” a ningún sitio o ente, perfecto o no, sino que se adapta a cada momento, a cada clima, a cada paisaje, costó mucho más socialmente. De hecho, para muchas personas evolucionar sigue siendo ir a mejor, igual que progresar.

Cambio, progreso y evolución se identificaron en la sociedad occidental de finales del siglo XIX y constituyeron los cimientos de una nueva forma de pensar: la de la identidad individual, el *ego* de algunos seres humanos –hombres cultos sobre todo- que creyeron controlar el mundo a través del conocimiento (Hernando 2012 y 2012a).

Margarita Hernández Laille ha contado con la inestimable colaboración de un dibujante genial, Carlos Arques Soler, cuya mano nos ilustra el colegio de Lucía Sapiens, su clase, sus laboratorios, el Museo de Ciencias que visitan y, sobre todo, sus imaginaciones sobre el viaje de Darwin, las tierras que visitó, los paisajes que disfrutó y muchos de los animales que coleccionó. Aparecen además numerosas fotografías de la casa del Darwin, los sitios en los que vivió y estudió o las portadas de libros de texto que hablaron de él y de su teoría en el siglo XIX.

Quiero resaltar el capítulo o parte 5 del libro, que se titula “Conversaciones de Lucía Sapiens sobre la enseñanza de la teoría de la evolución en la época de Darwin”, en el que la autora ha conseguido volar sobre el tiempo presente para recolocarse donde ella se siente más a gusto: en el siglo XIX y principios del XX. Así, Lucía le preguntará a su padre cómo los abuelos y los bisabuelos aprendieron esta teoría,

pero no hará la misma pregunta referida a su padre o su madre porque ya asume que en las escuelas españolas no se hablaba de evolución en los años 40. Por supuesto, la lectura de este capítulo, tan conectado con la historia de la enseñanza en nuestro país, también sirve para detenerse a pensar en la información recibida por una generación como la de la propia Margarita, que es la mía –que estudiamos en la escuela en los 50 y 60 del pasado siglo- y a quienes nos estuvo vedado este singular conocimiento hasta la edad universitaria. Las abuelas y bisabuelas de Lucía sí conocieron, comprendieron y admiraron a Darwin en la escuela. Su madre y su padre, más “modernos”, más “recientes” y más “actuales” no lo hicieron. Qué difícil es comprender esto para una mente joven como la de Lucía.

En 1983 la casi anciana directora de un museo provincial en el que yo preparaba una exposición

sobre Paleolítico, me prohibió la colocación de carteles con dibujos que representaban a nuestros antepasados más remotos. Me dijo que en aquella ciudad al menos, la Evolución “todavía no había cuajado”. Y hoy, disfrutando con mis sobrinos del juego de fichas con preguntas y respuestas que Margarita Hernández Laille nos regala en un cuadernillo situado al final de su libro, dentro de una solapa, mezclo los sentimientos de tristeza, por todo lo que perdimos, junto a los de alegría, por lo que hemos ganado, al tiempo que asumo de nuevo la enorme dificultad de comprender el mundo.

M^a Ángeles Querol
Departamento de Prehistoria
Universidad Complutense de Madrid
maquerol@ghis.ucm.es

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- HERNÁNDEZ LAILLE, M. (2010): *Darwinismo y manuales escolares en España e Inglaterra en el siglo XIX (1870-1902)*. Ed. UNED Ciencias Sociales y Jurídicas. Madrid. (incluye CD).
- HERNANDO, A. (2012): *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Katz conocimiento. Madrid.
- HERNANDO, A. (2012a): Teoría arqueológica y crisis social. *Complutum* 23(2):127-145.
- MOOREHEAD, A. (1980): *Darwin. La expedición en el Beagle (1831-1836)*. Ediciones del Serbal, Barcelona.
- PODGORNY, I. (2009): *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina, 1850-1910*. Prohistoria ediciones. Colección Historia de la Ciencia. Rosario, Argentina.
- QUEROL, M^a A. (2001): *Adán y Darwin*. Editorial Síntesis, Madrid.